D. H. LAWRENCE

SONRISA Y OTROS RELATOS

Sonrisa y otros relatos

D. H. Lawrence



D. H. LAWRENCE

SONRISA Y OTROS RELATOS



D. H. Lawrence

David Herbert Richards Lawrence nació en Eastwood, Inglaterra, el 11 de septiembre de 1885. Fue un reconocido escritor, autor de novelas, cuentos, poemas, obras de teatro, ensayos, libros de viaje, pinturas, traducciones y críticas literarias.

En 1911, Lawrence conoció a Edward Garnett, un editor que actuó como su mentor, y quien lo incentivó a seguir con su carrera. A lo largo de estos meses, el joven autor revisó *Paul Morel*, el primer bosquejo de lo que luego sería *Hijos y amantes* (1913).

Asimismo, una profesora colega suya, Helen Corke, le ofreció libre acceso a sus diarios íntimos sobre una triste aventura amorosa, que sirvió de fundamento para *El intruso* (1912), su segunda novela. Por otro lado, *El arcoíris* (1915) fue censurado, tras una investigación, por su supuesta obscenidad. Lawrence terminó una secuela de *El arcoíris*, titulada *Mujeres enamoradas*.

Falleció el 2 de marzo en Villa Robermond, en Vence, Francia, debido a complicaciones por la tuberculosis que padecía.

Sonrisa y otros relatos
D. H. Lawrence

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

SONRISA

Había decidido no acostarse en toda la noche, en una especie de penitencia. El telegrama decía simplemente: «Ophelia, estado crítico». Sentía, dadas las circunstancias, que meterse en la cama del coche-cama sería frívolo. De modo que se quedó sentado, abrumado, en el vagón de primera clase, mientras la noche caía sobre Francia.

Él, sin duda, debía encontrarse junto al lecho de enferma de Ophelia. Pero Ophelia no quería. De modo que estaba sentado en el tren.

Muy hondo dentro de él había un peso negro y grave, como un tumor lleno de tinieblas que pesara sobre sus entrañas. Siempre se había tomado la vida seriamente. Ahora la seriedad lo aplastaba. Su hermoso rostro moreno y bien afeitado podía haber sido el de Cristo en la cruz, con las espesas cejas negras enarcadas en aturdida agonía.

La noche en el tren era como un infierno: nada parecía real. Dos inglesas avejentadas sentadas frente a él habían muerto hacía rato, quizá antes que él. Porque, naturalmente, él estaba muerto.

El amanecer, lento y gris, asomó en las montañas de la frontera, y lo contempló sin verlo. Pero su mente repetía:

«Y cuando llegó el alba, opaca y triste
y fría de lluvia temprana,
se cerraron sus ojos tranquilos: veía
un alba que no es la nuestra».

Y en su rostro de monje, inmutable y atormentado, no había rastro del desprecio que sentía, incluso autodesprecio, por aquel paso de lo sublime a lo ridículo, según el juicio de su mente crítica.

Estaba en Italia. Contempló el paisaje con leve aversión. Incapaz de sentir más intensamente, sentía tan solo un gustillo de aversión al ver los olivos y el mar. Una especie de estafa poética.

Había vuelto a caer la noche cuando llegó a la casa de las Hermanas Azules que Ophelia había elegido para retirarse. Lo condujeron hasta el despacho de la madre superiora, en el palacio. La monja se puso en pie y le dirigió una silenciosa inclinación de cabeza, mirándolo de frente. Luego dijo en francés:

—Me apena decírselo. Ha muerto esta tarde.

Él se quedó quieto, pero sin ningún sentimiento demasiado intenso, mirando al vacío desde su hermoso rostro de monje de rasgos marcados.

La madre superiora le puso suavemente su blanca y hermosa mano en el brazo y le miró el rostro, apoyándose en él.

—¡Valor! —dijo dulcemente—. Valor, ¿no?

Él dio un paso atrás. Siempre le había asustado que una mujer se apoyara en él de aquel modo. La madre superiora, con su voluminoso ropaje, era muy mujer.

—¡Claro! —repuso en inglés—. ¿Puedo verla?

La madre superiora hizo sonar una campana, y apareció una monja joven. Era más bien pálida, pero había algo ingenuo y travieso en sus ojos color avellana. La mujer mayor murmuró una presentación, y la mujer joven hizo una leve reverencia modesta. Pero Matthew le tendió la mano, como un hombre que se aferra al último asidero. La monja joven abrió sus manos blancas

y, tímidamente, puso una de ellas en la suya, pasiva como un pájaro que duerme.

Y, abandonando la tristeza del inexplicable Hades, él pensó: «¡Qué mano tan bonita!».

Siguieron por un pasillo hermoso, pero frío, y llamaron a una puerta. Matthew, mientras andaba en lejanos abismos, seguía consciente del suave y agradable volumen de las ropas negras de la mujer, que se movía con un dulce revoloteo apresurado delante de él.

Se sintió aterrado cuando se abrió la puerta. Vio arder las velas alrededor del lecho blanco en la alta y noble habitación. Junto a las velas estaba sentada una monja, y vio su rostro moreno y primitivo enmarcado por la cofia blanca cuando alzó la mirada de su breviario. Luego se puso en pie. Era una mujer robusta. Hizo una leve reverencia, y Matthew percibió unas manos color crema oscuro moviéndose sobre un rosario negro en la rica seda azul de su pecho.

Las tres hermanas se reunieron en silencio, pero revoloteando y muy femeninas, con sus faldas voluminosas de seda negra, al lado de la cabecera. La

madre superiora se inclinó y, con delicadeza extrema, alzó el velo de estopilla blanca que cubría el rostro muerto.

Matthew vio la hermosa serenidad de la muerte en el rostro de su mujer, y, al instante, algo parecido a la risa brincó en las profundidades de su ser, emitió un leve quejido, y una extraordinaria sonrisa se abrió en su rostro.

Las tres monjas, a la luz de las velas que temblaba cálida y veloz como un árbol navideño, le observaban con miradas de profunda compasión por debajo de las viseras de sus cofias. Eran como un espejo. En seis ojos apareció un ligero temor sobresaltado, y luego los seis pasaron, desconcertados, al asombro. Y en las caras de las tres monjas, irremediablemente encaradas con él a la luz de las velas, empezó a asomar una extraña sonrisa involuntaria. En las tres caras, la misma sonrisa crecía de modos muy distintos, como tres flores primorosas que se abren. En el caso de la monja joven, era casi congoja, con un toque de travieso éxtasis. Pero el moreno rostro ligur de la monja que velaba, una mujer madura y cejijunta, se rizó en una sonrisa pagana, lenta, infinitamente sutil en

su humor arcaico. Era la sonrisa etrusca, leve y descarada, e incontestable.

La madre superiora, cuyo rostro de rasgos marcados tenía algo que lo asemejaba al de Matthew, intentó con todas sus fuerzas no sonreír. Pero mantuvo su mentón voluntarioso y malévolo alzado, y fue bajando el rostro a medida que aquella sonrisa crecía, y crecía, y crecía en él.

La pálida hermana joven se tapó el rostro de repente con la manga, mientras su cuerpo se convulsionaba. La madre superiora pasó el brazo por los hombros de la muchacha y murmuró con emoción italiana:

—¡Pobrecilla! ¡Llora, llora, pequeña!

Pero la risa ahogada seguía allí, debajo de la emoción. La robusta monja morena se mantuvo impávida, empuñando las cuentas negras, pero con la silenciosa sonrisa inmutable.

Matthew se volvió de repente hacia la cama para ver si su difunta mujer le había mirado. Fue un movimiento de miedo.

Ophelia yacía, tan hermosa y enternecedora, con su muerta naricilla respingona apuntando al techo y su rostro de niña obstinada fijado en la obstinación final… La sonrisa desapareció en Matthew, y un gesto de martirio supremo la sustituyó. No lloraba; tan solo miraba sin ánimo. Tan solo en su rostro se acentuó el aspecto de: «Sabía que este martirio me estaba reservado».

Ophelia estaba tan hermosa, tan pueril, tan lista, tan obstinada, tan cansada… ¡y tan muerta! Se sintió completamente vacío.

Habían estado casados diez años. Él no había sido perfecto… ¡No, no! ¡De ninguna manera! Pero Ophelia había querido siempre hacer su voluntad. Ella le había amado, se había obcecado, le había dejado, y se había puesto melancólica, o despectiva, o colérica, una docena de veces, y una docena de veces había vuelto junto a él.

No habían tenido hijos. Y él, en su interior, siempre había deseado tenerlos. Estaba muy triste.

Ahora ella jamás volvería a su lado. Era la decimotercera vez, y ella se había marchado para siempre.

Pero, ¿se había marchado para siempre? Incluso mientras lo pensaba, la sentía darle codazos en alguna parte, en las costillas, para hacerle sonreír. Tuvo una leve contracción y su frente se frunció irritada. ¡No iba a sonreír! Afirmó sus fuertes mandíbulas bien afeitadas y descubrió los dientes mientras bajaba la mirada a la mujer muerta tan profundamente provocativa. «¡Volvamos a ello!», deseaba decirle, como el personaje de Dickens.

Él no había sido perfecto. Iba a residir en sus propias imperfecciones.

Se volvió de repente hacia las tres mujeres, borrosas tras retroceder detrás de las velas, que ahora revoloteaban, con las formas blancas de sus cofias, entre él y la nada. Los ojos de Matthew brillaban, y descubrió los dientes.

—¡*Mea culpa! ¡Mea culpa!* —gruñó.

—¡*Macchè!* —exclamó la madre superiora, acobardada, y sus manos se separaron, y luego volvieron a juntarse, entre sus tupidas mangas, como dos pájaros anidando juntos. Matthew bajó la cabeza y miró a su alrededor, dispuesto a fugarse. La madre superiora, al fondo, entonó dulcemente un padrenuestro, y las

cuentas de su rosario se balancearon. La monja joven y pálida se deslizó más al fondo. Pero los ojos negros de la monja robusta y ominosa centelleaban como estrellas eternamente jocosas, y él se dio cuenta de que la sonrisa volvía a hurgar en sus costillas.

—¡Oh! —dijo a las mujeres, en tono de reconvención—. Me siento terriblemente trastornado. Será mejor que me vaya.

Ellas revolotearon con fascinado asombro. Él caminó hacia la puerta, con la cabeza gacha. Pero mientras andaba la sonrisa empezó a asomar en su rostro, atraída por el rabillo de los ojos negros de la monja robusta con su eterno centelleo. Y él pensó en secreto que deseaba tomarle las manos color crema oscuro, enlazadas como una pareja de pájaros, voluptuosas.

Pero insistió en residir en sus propias imperfecciones. ¡Mea culpa!, se aulló a sí mismo. Pero mientras lo gritaba sintió que alguien le daba con el codo en las costillas y le decía: «¡Sonríe!».

Detrás de él, las tres mujeres, en la alta habitación, se miraban unas a otras, y sus manos se abrieron por un

instante, como seis pájaros que bruscamente salieran volando del follaje, cerrándose luego nuevamente.

—¡Pobrecillo! —dijo la madre superiora, compasiva.

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó la monja joven, con pueril y chillona impetuosidad.

—*Già* —dijo la monja ominosa.

La madre superiora se dirigió en silencio hacia el lecho y se inclinó sobre el rostro muerto.

—¡Parece darse cuenta, pobre alma! —murmuró—. ¿No crees?

Las tres cabezas con cofia se inclinaron a un tiempo. Y, por primera vez, vieron el leve rizo irónico en las comisuras de la boca de Ophelia. La contemplaron con temeroso asombro.

—¡Le ha visto! —susurró la monja joven, estremecida.

La madre superiora dejó caer delicadamente el fino velo sobre el rostro frío. Luego murmuró una plegaria

por su alma, pasando las cuentas de su rosario. Después la madre superiora embutió dos de las velas en sus candelabros, agarró la gruesa vela con mano firme y suave y la afianzó.

La robusta monja morena volvió a sentarse con su pequeño devocionario. Las otras dos, susurrantes, cruzaron la puerta y salieron al gran pasillo blanco. Allí, navegando suave y silenciosamente en sus oscuros ropajes, como cisnes oscuros en un río, de repente titubearon. Ambas a un tiempo habían visto la desamparada figura de un hombre con un melancólico abrigo, vagando al extremo del pasillo, en la fría distancia. La madre superiora aceleró de repente el paso aparentando prisa. Matthew vio llegar a él esas figuras voluminosas de manos perdidas. La monja joven iba un poco rezagada.

—¡*Pardon, ma Mère!* —dijo Matthew, como en la calle—. He dejado el sombrero en alguna parte…

Hizo un gesto desesperado con el brazo, y nunca ha habido hombre menos sonriente.

COSAS

Eran unos auténticos idealistas de Nueva Inglaterra. Pero de eso hacía mucho tiempo: antes de la guerra. Algunos años antes de la guerra se conocieron y se casaron. Él era un joven alto, de ojos intensos, que procedía de Conneticut, y ella una muchacha de estatura mediana, recatada y con aspecto de puritana, que había nacido en Massachusetts. Los dos tenían algo de dinero. No demasiado, sin embargo. Incluso juntando ambas cantidades no llegaba a tres mil dólares al año. Así y todo, eran libres. ¡Libres!

¡Ah! ¡La libertad! ¡Ser libre para vivir la propia vida! ¡Tener veinticinco y veintisiete años, un par de auténticos idealistas con un amor compartido por la belleza y una cierta inclinación hacia la «filosofía hindú» —lo que significaba, por desgracia, hacia la señora Besant— y unas rentas de algo menos de tres mil dólares al año! Pero, ¿qué es el dinero? Todo lo que uno desea es vivir una vida plena y hermosa, en Europa, por supuesto, en la fuente y el origen de la tradición. Probablemente, podría hacerse en Estados Unidos: en Nueva Inglaterra, por ejemplo. Pero renunciando a una cierta dosis de «belleza». La auténtica belleza requiere mucho tiempo para madurar. Lo barroco solo es bello a medias, maduro a medias. No,

el verdadero apogeo plateado, el auténtico ramo dorado y dulce de la belleza tenía sus raíces en el Renacimiento, no en ningún otro período más reciente y más vacuo.

Por lo tanto, los dos idealistas, que se casaron en New Haven, partieron de inmediato en dirección a París: el París de antaño. Tenían un estudio en el bulevar Montparnasse, y se convirtieron en auténticos parisinos, en el sentido más antiguo y encantador, no en el más moderno y vulgar. Era la iridiscencia de los impresionistas puros, de Monet y sus seguidores; el mundo visto en términos de pura luz, luz rota, luz intacta. ¡Qué maravilla! ¡Qué maravilla las noches, el río, las mañanas en las antiguas calles junto a los puestos de flores y de libros, las tardes en Montmartre o en las Tullerías, los anocheceres en los bulevares!

Los dos pintaban, pero no desesperadamente. El arte no los había cogido por el cuello, y ellos no habían cogido al arte por el cuello. Pintaban; simplemente. Conocían gente: gente agradable, dentro de lo posible, aunque había de todo, y era necesario aceptarlo. Y eran felices.

Así y todo, parece como si los seres humanos tuvieran que aferrarse a algo. Para ser «libre», para «vivir una

vida plena y hermosa», es necesario, desgraciadamente, apegarse a algo. Una vida «plena y hermosa» significa un apego fuerte a algo —al menos es así para ciertos idealistas— o, si no, sobreviene un cierto aburrimiento; hay una cierta agitación de cabos sueltos en el aire, como los temblorosos, ansiosos brotes de las viñas que se extienden y rotan buscando algo a lo que aferrarse, algo por lo que trepar hacia el sol necesario. Al no encontrar nada, la viña solo puede arrastrarse, satisfecha a medias, por el suelo. ¡Esa es la libertad! Un aferrarse al vástago adecuado. Y los seres humanos son todos viñas. Pero especialmente los idealistas. Los idealistas son como viñas, y necesitan aferrarse y trepar. Y desprecian a los hombres que son simples patatas, o nabos, o trozos de madera.

Nuestros idealistas eran extraordinariamente felices, pero siempre estaban buscando algo a lo que adherirse. Al principio, París les bastaba. Exploraron París de punta a cabo. Y aprendieron francés hasta que consiguieron hablarlo con tanta soltura que se sentían como auténticos franceses.

Y, sin embargo, jamás se llega a hablar el francés con el alma. No es posible. Y aunque al principio hablar en

francés con franceses inteligentes resulta muy excitante —porque parecen mucho más inteligentes que uno—, a la larga se vuelve frustrante. El infinitamente astuto materialismo de los franceses acaba por dejarlo a uno frío; le inspira una sensación de esterilidad, de incompatibilidad con la innata enjundia de Nueva Inglaterra. Así lo sentían nuestros idealistas.

Abandonaron Francia, pero sin violencia. Francia los había decepcionado.

—Nos ha encantado, y nos ha dado muchas cosas. Pero después de un tiempo, de un tiempo considerable, en realidad de varios años, París lo deja a uno hasta cierto punto desencantado. No tiene exactamente lo que uno busca.

—Pero París no es Francia.

—No, tal vez no. Francia es muy distinta de París. Y Francia es preciosa, realmente preciosa. Pero a nosotros, aunque nos encanta, no nos dice demasiado.

De modo que, cuando llegó la guerra, los idealistas se trasladaron a Italia. E Italia les encantó. La encontraron

bellísima, y más conmovedora que Francia. Les parecía mucho más cercana al concepto que en Nueva Inglaterra se tenía de la belleza: había en ella algo puro y lleno de simpatía, sin el materialismo y el cinismo de los franceses. A los dos idealistas les pareció que en Italia respiraban el aire de su propia tierra.

Y en Italia, mucho más que en París, sintieron que podían extasiarse ante las enseñanzas de Buda. Ingresaron en la creciente marea de moderna emoción budista, y leyeron libros, y practicaron la meditación, y se dedicaron deliberadamente a eliminar de sus almas la avaricia, el dolor y la aflicción. No se habían dado cuenta, todavía, de que la ansiedad misma de Buda por librarse del dolor y la aflicción es en sí una forma de avaricia. No: soñaban con un mundo perfecto, del que toda avaricia, y casi todo el dolor, y una gran parte de la aflicción, hubieran sido eliminados.

Pero Norteamérica entró en guerra, y ambos idealistas tuvieron que colaborar. Trabajaban en los hospitales. Y a pesar de que sus experiencias les hicieron darse cuenta, más que nunca, de que la avaricia, el dolor y la aflicción deberían ser eliminados del mundo, ni el budismo ni

la teosofía emergían demasiado triunfantes de la larga crisis. De alguna manera, en algún lugar, en alguna parte de sí mismos, sentían que la avaricia, el dolor y la aflicción jamás serían eliminados, porque a la mayor parte de la gente no le importa eliminarlos o no, y jamás le importará. Nuestros idealistas eran demasiado occidentales para dejar al mundo librado a su condena mientras ellos dos se salvaban por su cuenta. Eran demasiado generosos para sentarse bajo el árbol de Bodhi y alcanzar el nirvana por sí solos.

Y, sin embargo, había algo más que eso. Sencillamente, no poseían el suficiente *Sitzfleisch* para sentarse debajo de un árbol y alcanzar el nirvana contemplando lo que fuese, y menos aún su propio ombligo. Si no podía salvarse el mundo entero, ellos, personalmente, no estaban demasiado interesados en salvarse por su cuenta. No, se habrían sentido demasiado solos. Eran de Nueva Inglaterra, así que tenía que ser o todo o nada. O la avaricia, el dolor y la aflicción se eliminaban del mundo en su totalidad, o, de lo contrario, ¿de qué servía eliminarlos de uno mismo? ¡De nada! Uno no sería más que una víctima.

De modo que, para volver a nuestra metáfora, aunque les seguía «encantando» la «filosofía hindú», y sentían una gran ternura hacia ella, el vástago por el cual las verdes y ansiosas viñas habían trepado hasta ahora había demostrado estar seco. Se quebró, y las viñas volvieron a descender lentamente al suelo. No es que se estrellaran después de un gran crujido. Su propio follaje las sostuvo durante un tiempo. Pero cedieron. El tallo de la «filosofía hindú» había cedido antes de que Jack y Jill hubieran llegado a su cima para ingresar en un mundo nuevo.

Los dos descendieron con un lento susurro nuevamente a la tierra. Pero no dijeron nada. Una vez más se sintieron «desencantados», pero jamás lo admitieron. La «filosofía hindú» los había decepcionado. Pero jamás se quejaron. No dijeron una sola palabra, ni siquiera el uno al otro. Estaban decepcionados, ligera pero profundamente desilusionados, y ambos lo sabían. Pero esta conciencia era tácita.

Y aún tenían muchas cosas en su vida. Seguían teniendo a Italia…, la querida Italia. Seguían disfrutando de su libertad, ese tesoro invaluable. Y aún poseían mucha «belleza». En cuanto a la plenitud de sus vidas,

no estaban tan seguros. Tenían un hijo pequeño, a quien querían como los padres deben querer a sus hijos, pero al que sabiamente se abstenían de aferrarse, evitando construir la vida a su alrededor. ¡No, no, ellos debían vivir sus propias vidas! Aún seguían empeñados en conservar este propósito.

Pero ya no eran tan jóvenes. Sus veinticinco y veintisiete años se habían convertido en treinta y cinco y treinta y siete. Y aunque en Europa lo habían pasado maravillosamente bien, y a pesar de que aún les encantaba Italia —¡la querida Italia! —, así y todo, estaban defraudados. Habían sacado mucho provecho de ello, ¡muchísimo! Sin embargo, no les había dado exactamente, no «exactamente», aquello que esperaban. Europa era preciosa, pero estaba muerta. Viviendo en Europa se vivía del pasado. Y los europeos, con todo su encanto superficial, no eran realmente encantadores. Eran materialistas, no tenían un alma auténtica. Sencillamente no entendían el impulso interior del espíritu, porque el impulso interior estaba muerto en ellos; todos era sobrevivientes. Esa, esa era la verdad acerca de los europeos: eran sobrevivientes, y nada les urgía a ir hacia delante.

Otro vástago, otra férula se derrumbaba bajo la verde vida de la viña. Y esta vez se les hizo muy duro. Porque la verde viña había estado trepando en silencio por el viejo árbol de Europa durante más de diez años, diez años tremendamente importantes, años en los que vivieron de verdad. Los dos idealistas habían vivido en Europa, habían vivido de Europa y de la vida y las cosas europeas como viñas en un viñedo eterno.

Allí habían construido su hogar. Un hogar como jamás habrían podido tener en Norteamérica. Su contraseña había sido la «belleza». Habían alquilado, los últimos cuatro años, el segundo piso de un antiguo *palazzo* sobre el Arno, y allí tenían todas sus «cosas». Y obtenían una profunda, profunda satisfacción de su apartamento: las habitaciones de altos techos, antiguas y silenciosas, con sus ventanas que daban sobre el río, sus puertas lacadas de rojo oscuro y los hermosos muebles que los idealistas habían «comprado por nada».

Sí. Sin que ellos se dieran cuenta, la vida de los idealistas había estado siempre fluyendo en sentido horizontal con una tremenda rapidez. Se habían convertido en tensos, terribles cazadores de «cosas» para su casa. Mientras sus

almas trepaban hacia el sol de la antigua cultura europea o de la filosofía hindú, sus pasiones fluían horizontalmente, aferrándose a las «cosas». Evidentemente, no compraban esas cosas solo por comprarlas, sino en nombre de la «belleza». Consideraban su casa como un lugar enteramente amoblado por la hermosura, y en absoluto por «cosas». Valerie tenía unas preciosas cortinas en las ventanas del largo *salotto* que daba al río: cortinas de un raro y antiguo tejido que parecía una seda muy fina, bellamente desteñidas del bermellón y el naranja, el oro y el negro, hasta alcanzar un tono de mero y suave fulgor. Rara era la vez en que Valerie entraba en el *salotto* sin caer mentalmente de rodillas ante aquellas cortinas. «¡Chartres!», decía. «Para mí son Chartres». Y Melville jamás se volvía a contemplar su librería veneciana del siglo dieciséis, con sus dos o tres docenas de libros escogidos, sin sentir que el tuétano se le removía en los huesos. ¡El santo de los santos!

El niño, silenciosamente, de un modo casi siniestro, evitaba cualquier brusco contacto con los antiguos monumentos que eran aquellos muebles, como si fueran nidos de cobras durmientes, o aquella «cosa», cuyo mero

contacto era mortal, el Arca de la Alianza. Su respeto infantil era silencioso y frío, pero total.

Así y todo, dos idealistas de Nueva Inglaterra no pueden vivir solamente de las pasadas glorias de su mobiliario. Al menos, estos dos no podían. Se acostumbraron al maravilloso armario de Bolonia, a la magnífica librería veneciana, a los libros, a las cortinas de Siena, a los bronces, a los hermosos sillones, sofás y mesillas que habían «comprado por nada» en París. Porque habían estado comprando cosas por nada desde el primer día que llegaron a Europa. Y aún seguían haciéndolo. Es el último interés que Europa puede ofrecerle a un extranjero. Y también a un nativo.

Cuando tenían invitados, y estos se extasiaban ante la decoración de los Melville, Valerie y Erasmus sentían que no habían vivido en vano: aún seguían vivos. Pero en las largas mañanas, cuando Erasmus repasaba indolentemente la literatura florentina del Renacimiento, y Valerie se ocupaba del apartamento, y en las largas horas después del almuerzo, y en las tardes interminables, generalmente frías y opresivas, en el antiguo *palazzo*, el halo que circundaba los muebles parecía desfallecer, y

las cosas se convertían en cosas, fragmentos de materia que se posaban aquí, o colgaban allá, *ad infinitum*, y que no decían nada. Y Valerie y Erasmus casi las odiaban. El brillo de la belleza, como todos los brillos, muere a menos que se lo alimente. Los idealistas seguían amando sus cosas. Pero ya las tenían. Y el triste hecho es que las cosas que brillan vívidamente cuando se las adquiere se enfrían al cabo de uno o dos años. A menos, claro, que los demás las envidien sobremanera, o que los museos estén deseando adquirirlas. Y las «cosas» de los Melville, aunque eran muy buenas, no eran tan buenas como para eso.

De modo que el brillo se fue evaporando gradualmente de todo: de Europa, de Italia —«los italianos son *adorables*»—, incluso del maravilloso apartamento sobre el Arno. «¡Cómo, si yo tuviera este apartamento jamás, jamás querría poner un pie en la calle! Es demasiado hermoso; es perfecto». Y oír frases como esta ya era algo.

No obstante, Valerie y Erasmus salían a la calle, incluso lo hacían para huir del pétreo, pesado silencio y la muerta dignidad de su antiguo apartamento, con aquellos suelos helados.

—Estamos viviendo en el pasado, ¿sabes, Dick? —le decía Valerie a su marido.

Lo llamaba Dick.

Seguían aferrándose, penosamente. Se resistían a renunciar. No querían admitir que estaban acabados. Durante doce años habían sido personas «libres» que vivían una vida «plena y hermosa». Y durante doce años Norteamérica había sido su anatema, la Sodoma y Gomorra del materialismo industrial.

No es fácil reconocer que uno está «acabado». Detestaban tener que admitir que querían regresar. Pero al fin, de mala gana, decidieron partir, «por el niño».

—Nos «horroriza» tener que dejar Europa. Pero Peter es norteamericano, y será mejor que vea su país mientras aún es joven —Los Melville tenían un acento y unos modales totalmente ingleses, o casi, con algunos modismos franceses o italianos.

Dejaron atrás Europa, pero se llevaron de ella todo lo que pudieron. Varios camiones, de hecho. Todas aquellas «cosas» tan bellas e irreemplazables. Y todo ello llegó a

Nueva York: los idealistas, el niño, y el enorme trozo de Europa que se habían traído consigo.

Valerie había soñado con un agradable apartamento, tal vez en Riverside Drive, donde los alquileres no eran tan caros como al este de la Quinta Avenida, y donde todas sus hermosas pertenencias encontraran un marco adecuado. Ella y Erasmus buscaron dónde vivir. Pero, desgraciadamente, sus rentas estaban bastante por debajo de los tres mil dólares al año. Encontraron… Bueno, todo el mundo sabe qué encontraron. Dos habitaciones pequeñas y una cocina americana, ¡y que no se les ocurra desembalar ni un alfiler!

El trozo de Europa que se habían llevado consigo fue a parar a un guardamuebles, que les costaba cincuenta dólares al mes. Y tuvieron que conformarse con dos habitaciones pequeñas y una cocina americana, preguntándose por qué lo habían hecho.

Estaba claro que Erasmus tendría que conseguir un empleo. Estaba escrito en la pared, por así decirlo, pero ambos fingían no verlo. Porque esta era la extraña, vaga amenaza que la Estatua de la Libertad siempre había esgrimido ante ellos: «¡Tendrás que trabajar!». Erasmus

cumplía los requisitos, como suele decirse. Una actividad docente siempre le resultaría posible. Había pasado sus exámenes en Yale con notas brillantes, y había seguido con sus «investigaciones» durante su estancia en Europa.

Pero esto, a él y a Valerie, les producía escalofríos. ¡Una actividad docente! ¡El mundo de la docencia! ¡El mundo de la docencia «norteamericana»! ¡Un escalofrío tras otro! ¿Renunciar a su libertad, a su vida plena y hermosa? ¡Jamás! ¡Jamás! Erasmus estaba a punto de cumplir cuarenta años.

Las «cosas» siguieron en el guardamuebles. Valerie iba a mirarlas. Le costaba un dólar la hora, y terribles remordimientos. A las «cosas», pobrecitas, se las veía ligeramente gastadas, desgraciadas en el guardamuebles.

De todas maneras, Nueva York no era Norteamérica. Estaba el Oeste, grande e incontaminado. De modo que los Melville se fueron al Oeste, con Peter, pero sin las cosas. Intentaron vivir una vida sencilla, en las montañas. Pero encargarse de las tareas cotidianas se convirtió casi en una pesadilla. Las «cosas» están muy bien siempre que solo haya que mirarlas, pero manejarlas es terrible, incluso cuando son bellas. Y ser esclavos de cosas

horribles, mantener una cocina de carbón encendida, preparar comida, fregar platos, transportar agua y barrer suelos: ¡el puro horror de la pura antivida!

En su cabaña de las montañas, Valerie soñaba con Florencia, con el apartamento perdido, con su armario de Bolonia y sus sillas Luis XV; soñaba, sobre todo, con sus cortinas «de Chartres», almacenado todo en Nueva York por cincuenta dólares al mes.

Un amigo millonario acudió en su rescate ofreciéndoles una casita en la costa de California. ¡California! ¡Donde el alma nueva ha de nacer en el hombre! Ilusionados, los idealistas se trasladaron un poco más hacia el Oeste, aferrándose a los nuevos vástagos de la esperanza.

Pero encontraron que estos eran briznas de paja. La casita del millonario estaba perfectamente equipada. Ahorraba a sus habitantes tanto trabajo como era posible: los fogones y la calefacción eran eléctricos, la cocina estaba toda esmaltada de un blanco perlado: no había nada que produjera suciedad salvo los seres humanos mismos. En algo más de una hora los idealistas habían terminado con sus tareas domésticas. Eran «libres»… Libres para escuchar el gran océano Pacífico estrellándose contra

la costa, y sentir cómo un alma nueva iba llenando sus cuerpos.

Pero, desgraciadamente, el Pacífico se estrellaba contra la costa con una brutalidad terrible, ¡la fuerza bruta misma! Y la nueva alma, en vez de introducirse dulcemente en sus cuerpos, sencillamente parecía estar royéndoles la antigua alma hasta hacerla trizas. Sentir que estás bajo el puño de la más ciega y aniquiladora de las fuerzas brutas; sentir que te están royendo el alma, tu propia y querida alma idealista, para dejarte en su lugar solo una tremenda irritación…, pues bien, esto acaba por resultar intolerable.

Después de unos nueve meses, los idealistas abandonaron el Oeste californiano. Había sido una magnífica experiencia, y se alegraban de haberla tenido. Pero, a la larga, el Oeste no era lugar para ellos, y lo sabían. No; que los que quisieran almas nuevas las obtuviesen. A ellos, a Valerie y a Erasmus, les gustaría desarrollar un poco más sus almas de siempre. De todas maneras, no habían experimentado influjo alguno de un alma nueva en la costa californiana. Todo lo contrario.

De modo que, con su capital ligeramente reducido, regresaron a Massachusetts para visitar a los padres de Valerie, llevando consigo al niño. Los abuelos recibieron al pequeño con alegría —¡pobre criatura expatriada!—, pero estuvieron algo agrios con Valerie, y muy fríos con Erasmus. Un día, la madre de Valerie le dijo rotundamente a su hija que Erasmus debía buscar un empleo para que esta pudiese vivir con dignidad. Valerie, con arrogancia, le recordó a su madre el hermoso apartamento sobre el Arno, las magníficas «cosas» almacenadas en Nueva York y la vida «plena y maravillosa» que ella y Erasmus habían vivido. La madre de Valerie dijo que a ella no le parecía que la vida de su hija fuese tan plena y maravillosa en la actualidad: sin hogar, con un marido desempleado a los cuarenta años, un hijo por educar y unos fondos cada vez más escasos; en su opinión, le dijo a Valerie su madre, la vida de su hija era todo lo contrario de maravillosa y que Erasmus se buscara un puesto en alguna universidad.

—¿Qué puesto? ¿En qué universidad? —la interrumpió Valerie.

—Eso podríamos encontrarlo, teniendo en cuenta las amistades de tu padre y las calificaciones de Erasmus

—replicó la madre de Valerie—. Y podrías retirar todos tus valiosos objetos del guardamuebles y tener una casa bonita de verdad, que cualquiera estaría orgulloso de visitar. Tal como están ahora las cosas, esos muebles están consumiendo sus rentas y viven como ratas en un agujero, sin ningún sitio adonde ir.

Esto era muy cierto. Valerie estaba empezando a soñar con una casa propia en la que sus «cosas» tuviesen cabida. Es verdad que habría podido vender sus muebles por una suma sustanciosa. Pero jamás se le habría ocurrido hacerlo. Aunque todo lo demás pasara —la religión, la cultura, los continentes, las esperanzas—, Valerie «jamás» se separaría de sus «cosas», las que ella y Erasmus habían ido reuniendo con tanta pasión. A ellas había sido clavada.

Pero ella y Erasmus aún se resistían a renunciar a su libertad, a esa vida plena y hermosa en la que tanto habían creído. Erasmus maldecía Norteamérica. Él no quería ganarse la vida. Añoraba Europa.

Dejando al niño al cuidado de sus abuelos, los dos idealistas partieron una vez más hacia el Viejo Continente. En Nueva York abonaron dos dólares y contemplaron

sus «cosas» durante una hora breve y amarga. Viajaron con «tarifa de estudiantes»…, es decir, en tercera. Sus rentas anuales, en vez de ser de más de tres mil dólares, eran ahora de menos de dos mil. Y se encaminaron directamente a París, porque era barato.

Esta vez Europa les resultó un auténtico fracaso.

—Hemos vuelto como perros a su propio vómito —decía Erasmus—, solo que entretanto el vómito se ha puesto rancio.

Descubrió que no podía soportar Europa. Le irritaba indeciblemente. Y también aborrecía Norteamérica. Pero al menos Norteamérica era mejor que este miserable y envilecido continente, que, por otra parte, había dejado de ser barato.

Valerie, con el corazón puesto en sus «cosas» —estaba deseando retirarlas de aquel guardamuebles donde ya llevaban tres años, habiendo consumido dos mil dólares—, le escribió a su madre diciéndole que creía que Erasmus regresaría si pudiera obtener un empleo adecuado en Norteamérica. Erasmus, en un estado de frustración que rozaba la furia o la locura, se limitaba

a recorrer Italia como alguien que está en la indigencia, con los puños de la chaqueta raídos y odiándolo todo intensamente. Y cuando se le encontró un puesto en la Universidad de Cleveland para enseñar Literatura Francesa, Italiana y Española, sus ojos se entrecerraron aún más y su largo y extraño rostro se volvió más agudo y ratonil a causa de la ira reprimida. Tenía cuarenta años, y el empleo se le venía encima.

—Creo que será mejor que aceptes, querido. Europa ya no te gusta. Como tú dices, está acabada para siempre. Nos ofrecen una casa en el campus de la universidad y mi madre dice que en ella caben todas nuestras cosas. Opino que deberíamos enviar un telegrama diciendo que aceptamos.

Él la miró fijamente, como una rata acorralada. Uno casi esperaba ver los bigotes de rata temblando a ambos lados de su afilada nariz.

—¿Envío el telegrama? —le preguntó ella.

—¡Envíalo! —profirió él.

Y ella salió a enviarlo.

Él se volvió un hombre distinto, más callado, mucho menos irritable. Le habían quitado un peso de encima. Estaba dentro de la jaula.

Pero cuando vio los altos hornos de Cleveland, inmensos como los árboles de la Selva Negra, con sus cascadas rojas e incandescentes de metal en ebullición, y los diminutos gnomos que eran los obreros, y cuando oyó los ruidos terribles, gigantescos, le dijo a Valerie:

—Di lo que quieras, Valerie, pero esto es lo más grande que puede mostrarnos el mundo moderno.

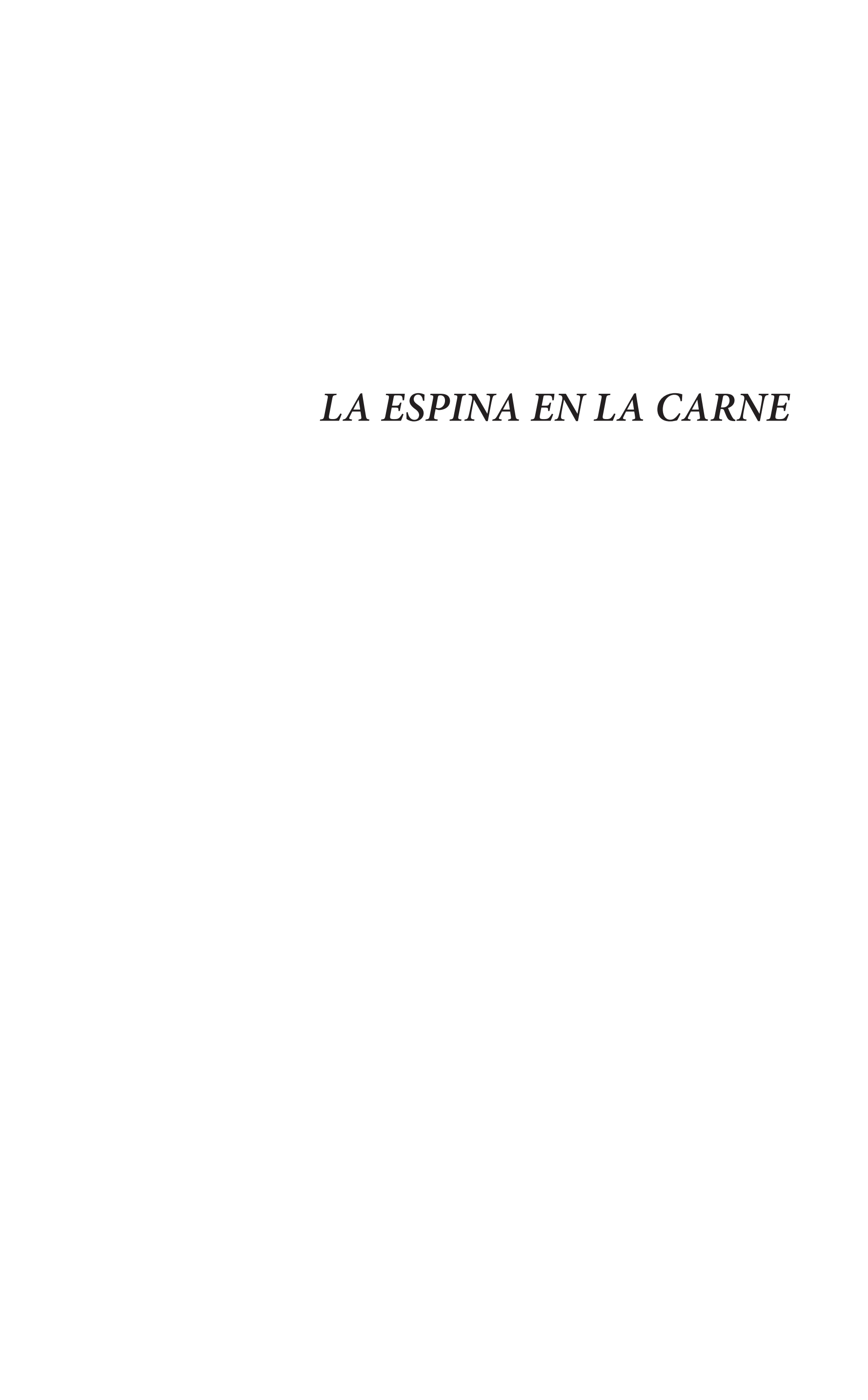
Y cuando estuvieron en su moderna casita del campus de la Universidad de Cleveland, y aquellos tristes restos de Europa —el armario de Bolonia, las estanterías venecianas, la silla obispal de Rávena, las mesillas Luis XV, las cortinas «de Chartres», las lámparas de bronce de Siena— fueron puestos en su sitio, todo parecía completamente fuera de lugar, y por ello impresionaba a los visitantes, y cuando los idealistas habían recibido a un montón de gente que se había quedado admirada, y Erasmus había hecho gala de sus mejores modales europeos, aunque así y todo conservando su cordial talante norteamericano, y Valerie se había comportado

como una buena anfitriona —porque, después de todo, «preferimos Norteamérica»—, entonces Erasmus dijo, mirando a su mujer con sus peculiares y agudos ojos de rata:

—Europa es la mayonesa, sí, pero es Norteamérica la que pone la langosta. ¿O no?

—¡Sin duda! —dijo ella con satisfacción.

Y él la miró fijamente. Estaba en la jaula, pero dentro se sentía a salvo. Y resultaba evidente que Valerie era, por fin, ella misma. Se había hecho con el botín. Y, sin embargo, Erasmus, alrededor de la nariz, tenía un aire extraño, malévolo, escolástico, de puro escepticismo. Pero le gustaba la langosta.



LA ESPINA EN LA CARNE

I

Soplaba el viento, de modo que, de vez en cuando, los álamos se volvían blancos como si una llama los encendiera. El cielo era azul y estaba roto por las nubes en movimiento. Manchas de luz caían sobre los campos labrados, y sombras sobre el centeno y las viñas. En la distancia, muy azul, se levantaba la catedral contra el cielo, y debajo de ella se agrupaban vagamente las casas de la ciudad de Metz, como si fueran una colina.

Entre los campos al borde de los limeros, estaban los barracones sobre el suelo reseco y desnudo, una colección de cabañas de techumbres redondas y de metal ondulado por donde trepaban brillantes las capuchinas de los soldados. A un lado había un huerto, con hileras amarillentas de lechugas; detrás, el amplio patio de instrucción rodeado por una cerca de alambre.

A esa hora de la tarde las chozas estaban vacías y todos los camastros levantados. Los soldados almorzaban bajo los limeros esperando la llamada para la instrucción. Bachmann estaba sentado en un banco a la sombra,

donde olían intensamente los pimpollos. Diseminadas por el suelo había flores verde pálido, rotas, de lima. Escribía la postal semanal a su madre. Era un joven de tez blanca, delgado y apuesto. Estaba sentado muy quieto intentando escribir su tarjeta. El uniforme azul, que le colgaba cuando se inclinaba sobre la postal, desfiguraba su aspecto juvenil. La mano, morena por el sol, esperaba inmóvil a que llegaran las palabras. «Querida madre», era todo lo que había escrito. Entonces garabateó mecánicamente: «Muchas gracias por tu carta con lo que enviaste. Yo estoy muy bien. Estamos a punto de salir a hacer la instrucción en las fortificaciones». Aquí se detuvo y se quedó esperando, ajeno a todo, mantenido en un suspenso definitivo. Volvió a mirar la tarjeta. Pero no pudo escribir más. Del nudo de su conciencia no podía salir una sola palabra. Firmó y levantó la mirada como aquel que comprueba si alguien ha espiado su intimidad.

En los ojos azules había una preocupación consciente, y alrededor de la boca, donde brillaba el joven bigote ralo, palidez. Su gracia y su buen aspecto eran casi femeninos. Pero tenía algo de conciencia militar, como si creyera en la disciplina personal y le satisficiera entregarse al cumplimiento del deber. Había también una traza

de fanfarronería juvenil y una osadía diabólica en la expresión de su boca y en su cuerpo delgado, pero esto ahora había desaparecido.

Metió la tarjeta en el bolsillo de su capote y fue a reunirse con el grupo de camaradas que almorzaban a la sombra, riéndose y diciendo palabrotas. Hoy era ajeno a todo eso. Solo se puso cerca de ellos por el calor del grupo. En su conciencia había algo que le retenía.

Poco después los llamaron a formar. Se acercó el sargento para hacerse cargo del grupo. Era un cuarentón de contextura fuerte, más bien pesada. Tenía la cabeza hacia delante, un poco hundida entre los hombros poderosos, y la fuerte mandíbula sobresalía agresivamente. Pero los ojos eran opacos, el rostro flácido y estúpido por culpa de la bebida.

Dio las órdenes con gritos brutales como ladridos y la pequeña compañía avanzó saliendo del patio cercado con espino hacia el camino, marchando rítmicamente y levantando polvo. Bachmann, en el interior de una línea de cuatro, marchaba entre las columnas faltas de aire, medio sofocado por el calor, el polvo y el encierro. A través de los movimientos de los cuerpos de sus camaradas podía

ver, a los costados del camino, las viñas polvorientas, las amapolas, palpitantes y abiertas, entre las leguminosas; los espacios distantes del cielo, y el campo abierto al aire y a la luz del sol. Pero él era prisionero de una oscura ansiedad.

Marchaba con su habitual facilidad, por estar sano y tener una excelente constitución. Pero su cuerpo iba solo. Y cuanto más se aproximaba el grupo de soldados al pueblo, más se retorcía y se alejaba la conciencia del joven, de su cuerpo dominado por una especie de inteligencia mecánica, una mera presencia de ánimo.

Se desviaron del camino principal y siguieron en una sola fila por un sendero entre árboles. Todo estaba silencioso, verde y misterioso, con sombras de follaje y altas hierbas verdes sin hollar. Luego salieron a la luz del sol en un foso de agua que se extendía silencioso como una herida entre las hierbas altas y floridas, al pie de los terraplenes que se hundían frente a terrazas de paredes lisas, pero suavizadas por la hierba alta de la cima. Relumbraban blancas y amarillas las margaritas y las pamplinas en la hierba lozana, preservada aquí por la intensa paz de las fortificaciones. Alrededor había

grupos de árboles. De vez en cuando una brisa misteriosa hacía que las flores y la alta hierba que cubría las terrazas superiores se inclinasen y agitaran como en señal de alarma de un peligro por venir.

El grupo de soldados con sus uniformes de azul y escarlata, muy brillantes, se detuvo al final del foso. El sargento les daba instrucciones y sus gritos resonaron chillones y alarmantes en la intensa quietud intacta del lugar. Le escucharon. Resultaba difícil esforzarse para comprenderlo.

Terminó y los hombres se movieron para hacer los preparativos. Del otro lado del foso las rampas subían lisas y claras al sol, con una leve inclinación. En la cima crecía la maleza y las altas margaritas se elevaban, mágicas, contra el verdinegro de los árboles del fondo. El ruido de la ciudad, el paso de los tranvías, se oía nítidamente, pero no parecía penetrar en este lugar callado.

El agua del foso no se movía. La maniobra comenzó en silencio. Uno de los soldados cogió una escalera de asalto y, cruzando el angosto lecho de piedra, al pie de los terraplenes, con el agua del foso directamente detrás, trató de aferrar un gancho en la pared ligeramente

inclinada. Allí estaba, pequeño y aislado, al pie del muro, intentando fijar la escalera. Por último, lo logró, y la figura torpe y titubeante con el holgado uniforme azul empezó a escalar. El resto de los soldados se quedó observando. De vez en cuando el sargento ladraba una orden. Lentamente, la torpe figura azul ascendía por la pared. Bachmann tenía las entrañas hechas agua. La figura del soldado escalador se encaramó a la terraza superior y avanzó, nítida y azul, entre la brillante maleza verde. El suboficial gritó desde abajo. El soldado avanzó a trompicones, fijó la escalera en otro sitio y lentamente se encaramó a los escalones. Bachmann observó el pie ciego tanteando en el espacio y sintió que el mundo se le caía encima. La figura del soldado se aferraba, encogida, contra la superficie de la pared, descendiendo como un insecto inseguro que baja y baja, temiendo a cada instante. Por último, sudoroso y tenso, aterrizó a salvo y se encaminó al grupo de soldados. Pero aún tenía una rigidez y una mirada mecánicas, en blanco, y era algo menos que humano.

Bachmann permaneció allí, pesado y condenado, esperando su turno y la traición a sí mismo. Algunos hombres escalaron con bastante facilidad y sin miedo.

Lo que solo demostraba que se podía hacer sin mayores problemas y agriaba aún más a Bachmann. Si pudiera hacerlo sin mayores problemas, de ese modo…

Le llegó el turno. Supo instintivamente que nadie conocía su problema. El suboficial le miraba como si fuera un objeto mecánico. Trató de hacerse cargo de la situación, de llevar a cabo su obligación a la primera. Se le retorcieron las entrañas y, sin embargo, controlándose, cogió la escalera y fue hasta la pared. Logró fijar la escalera rápidamente y le poseyó una esperanza trémula y salvaje. Entonces, ciegamente, empezó a escalar. Pero la escalera no estaba muy firme y a cada movimiento se apoderaba de él una gran sensación enfermiza de disolución. Se agarró con fuerza. Si pudiera mantenerse aferrado a sí mismo, lo lograría. En su congoja lo sabía. Lo que no podía comprender era el borbotón ciego de miedo blanco y caliente que le sobrevenía con mayor fuerza cuando oscilaba la escalera y casi le fundía los miembros y el estómago, y lo dejaba indefenso. Si se fundían de una vez todos sus miembros y su estómago, estaba listo. Se aferró desesperadamente a sí mismo. Conocía ese miedo, sabía lo que hacía cuando le venía, sabía que debía mantenerse firmemente sujeto. Sabía todo esto. Sin embargo, cuando

se movía la escalera y su pie daba en el vacío, se producía la gran explosión de miedo soplando en su corazón y en sus entrañas, y él se fundía, cada vez más débil, en el terror y la falta de dominio, preparándose para caer.

No obstante, se arrastraba subiendo lentamente, mirando siempre hacia arriba con la cara desesperada y consciente del espacio que tenía debajo. Pero todo él, cuerpo y alma, se recalentaba hasta el punto de fusión. Solo tendría que desprenderse para aliviarse. De repente, el corazón le dio una sacudida, le alzó y nuevamente le hundió en un descenso hacia el terror. Se quedó contra la pared inerte como un muerto, inerte a excepción de un profundo nudo de ansiedad que sabía que no todo había terminado, que aún estaba colgado en el espacio contra la pared. Pero el principal esfuerzo de la voluntad había terminado.

Apareció en su conciencia una sensación mínima, ajena. Se despertó un poco. ¿Qué era? Luego, lentamente, se hizo consciente. La orina le había corrido por una pierna. Permaneció allí, aferrado, paralizado por la vergüenza, semiinconsciente del eco del grito del sargento que resonaba allá abajo. Esperó, en las profundidades

de su vergüenza, empezando a recuperarse. Se había avergonzado profundamente. Entonces pudo proseguir, ya estaba conquistado el miedo de sí mismo. Su vergüenza era conocida y pública. Debía continuar.

Lentamente empezó a estirar el brazo para agarrarse al borde, cuando un gran golpe le sacudió. Desde arriba le agarraban las muñecas, le levantaban hasta tierra firme. Como un saco, fue arrastrado por el borde de los terraplenes por unas grandes manos que le dejaron allí, de rodillas, reptando entre la hierba hasta recuperar el dominio de sí mismo y ponerse en pie.

La vergüenza, la ciega, profunda vergüenza y la ignominia, abrumaron su espíritu y le dejaron retorciéndose. Quedó allí, encogido, intentando desaparecer.

Luego la presencia del suboficial que le había alzado se hizo sentir sobre él. Oyó el jadeo del hombre mayor y luego la voz baja hasta sus venas como un fiero latigazo. Se encogió por la tensión de la vergüenza.

—¡Levante la cabeza! ¡Los ojos! —gritó el sargento enfurecido; y de forma mecánica el soldado obedeció la

orden, obligado a mirar al sargento a los ojos. El rostro flácido y brutal del suboficial violó al joven. Intentó hacerse fuerte con todas sus fuerzas para no verlo. El estruendo cortante de la voz del sargento continuó lacerando su cuerpo.

De repente, echó para atrás la cabeza, y su corazón pegó un salto. El rostro se le había acercado, distorsionado y enseñando los dientes, atravesándole con los ojos. El aliento de las palabras ladradas estaba en su nariz y en su boca. Dio un paso a un lado, asqueado. Con un aullido, el rostro volvió a ponérsele encima. Él levantó un brazo involuntariamente, en defensa propia. Le dio un ataque de horror cuando sintió que su antebrazo propinaba a la cara del suboficial un golpe brutal. Este se tambaleó, dio un paso atrás y con un grito extraño cayó hacia el terraplén, agarrándose al aire con las manos. Hubo un segundo de silencio y luego el desplome en el agua.

Bachmann, rígido, contempló la escena desde su silencio interior. Los soldados corrían.

—Es mejor que escapes —le dijo una voz joven y excitada. Y con una inmediata decisión instintiva, empezó a alejarse del lugar. Fue por el sendero escondido

entre los árboles hasta el camino, en lo alto, donde los tranvías iban y venían de la ciudad. En el corazón tenía una sensación de victoria, de escape. Lo abandonaba todo, el mundo militar, la vergüenza. Se alejaba de todo aquello.

Por la calzada paseaban oficiales a caballo. Los soldados iban por la acera. Al llegar al puente, Bachmann entró en la ciudad que se agrupaba ante él, elevándose desde las bajas y pintorescas casas francesas a orillas del agua, a través de un revoltijo de tejados y calles estrechas, hasta la encantadora catedral oscura con su miríada de pináculos que apuntaban al cielo.

Por el momento, se sintió en paz, aliviado de una gran tensión. Giró bordeando el río hacia los jardines públicos. Las lilas henchidas y purpúreas sobre la hierba verde eran hermosas, y maravillosas las paredes de castaños de Indias, iluminados como un altar con florecillas blancas en cada rama. Pasaban oficiales —elegantes y llenos de colorido—, mujeres y niñas paseaban por la sombra ajedrezada. Era hermoso. Él caminaba como en una visión, libre.

II

Pero ¿adónde iba? Empezó a salir de su trance de deleite y libertad. En lo profundo de su ser sentía en la carne la continua quemazón de la vergüenza. Pero aún no podía soportar pensar en ello. Aunque estaba allí, sumergida bajo su atención, la vergüenza cruda, constantemente ardiente.

Le convenía ser inteligente. Pero aún no se animaba a pensar en lo que había hecho. Solo veía la necesidad de escaparse, escaparse de todo aquello con lo que había estado en contacto.

Pero ¿cómo? Le sacudió una llamarada de miedo. No podía soportar que su carne ardiente fuera puesta de nuevo en manos de la autoridad. Ya le habían tocado en sus desnudeces aquellas manos brutales, desgarrando y abriendo su vergüenza, dejándole mutilado, disminuido en su autocontrol.

El miedo se convirtió en angustia. Casi sin pensar giró en dirección a los barracones. No podía asumir

la responsabilidad por sí mismo. Debía entregarse a alguien. Entonces su corazón, obstinado en la esperanza, se obsesionó con la idea de su novia. Ella asumiría la responsabilidad.

Pálido, cuando acumuló el coraje necesario subió al pequeño y rápido tranvía que salía del pueblo rumbo a los barracones. Se sentó inmóvil y sereno, estático.

Se bajó en la estación y anduvo por el camino. Aún soplaba el viento. Podía oír el suave susurro del centeno y un zumbido más fuerte cuando le alcanzaba una ráfaga de viento. No había nadie en las inmediaciones. Se sintió distante e impersonal, y siguió por un sendero a través de las viñas. Abundantes arbustos pequeños de vid se levantaban en espirales, echando hacia fuera sus brotes tiernos y rojizos, moviendo los zarcillos. Los veía con nitidez y pensó en ellos. En un campo, a un lado, hombres y mujeres recogían el heno. El carro estaba al borde del sendero, los hombres con camisas azules, las mujeres con pañuelos blancos en la cabeza, llevando el heno en los brazos hasta el carro, brillante y nítido sobre el terreno pelado, y de un verde refulgente. Se encontró

mirando desde la oscuridad la belleza atractiva y fúlgida del mundo a su alrededor, fuera de él.

La casa del barón en que Emilie servía se erguía cuadrada y tranquila entre árboles, jardines y campos. Era una antigua granja francesa. Los barracones estaban bastante próximos. Bachmann caminó, guiado por un único propósito, hacia el patio de entrada. Entró en el lugar espacioso, sombreado, barrido por el sol. El perro, al ver un soldado, saltó y ladró en son de bienvenida. La bomba de agua estaba pacíficamente en un rincón, bajo un limero, a la sombra.

La puerta de la cocina estaba abierta. Vaciló y luego entró, hablando tímidamente y sonriendo de modo involuntario. Las dos mujeres se sorprendieron, pero con alegría. Emilie estaba preparando la bandeja para el café de la tarde. Estaba detrás de la mesa, paralizada, sorprendida, arrogante y contenta. Tenía los ojos orgullosos y tímidos de algún animal salvaje, algún animal altivo. Llevaba el pelo cuidadosamente peinado y los ojos miraban serenos. Tenía puesto un vestido campesino de algodón azul, espigado con pequeñas rosas

rojas, que se abrochaba apretadamente sobre sus fuertes pechos de doncella.

A la mesa estaba sentada otra joven, la institutriz de los niños, que sacaba cerezas de un gran montón y las dejaba caer en una ensaladera. Era joven, bonita, pecosa.

—¡Buenos días! —dijo, simpática—. ¡Qué sorpresa!

Emilie no habló. Se le sonrojaron las mejillas morenas. Se quedó observando, atrapada entre el miedo y las ganas de escapar, y, por otro lado, la alegría que la mantenía en presencia de él.

—Sí —contestó tímido y tenso, mientras los ojos de las dos mujeres se posaban sobre él—. Esta vez me he metido en un lío.

—¿Qué? —preguntó la institutriz, dejando caer las manos en su falda. Emilie siguió rígida.

Bachmann no pudo levantar la cabeza. Miraba de costado las cerezas brillantes, rojizas. No podía recuperar la normalidad.

—Golpeé al sargento Huber arriba en las fortificaciones y cayó al foso —dijo—. Fue un accidente, pero…

Alargó la mano hacia las cerezas y empezó a comerlas, sin darse cuenta, oyendo solo la pequeña exclamación de Emilie.

—¡Lo golpeaste arriba en las fortificaciones! —repitió *fräulein* Hesse, horrorizada—. ¿Cómo?

Mientras escupía los huesos de las cerezas en una mano, de manera mecánica y concentrado, se lo contó.

—¡Ay! —exclamó con voz aguda Emilie.

—¿Y cómo llegaste hasta aquí? —preguntó *fräulein* Hesse.

—Me escapé.

Se hizo un silencio mortal. Se levantó, poniéndose a merced de las mujeres. Se oyó un zumbido en la cocina y un fuerte aroma a café. Emilie dio media vuelta con rapidez. Él vio su espalda lisa, recta, y sus fuertes muslos cuando se inclinó sobre la cocina.

—Pero ahora ¿qué vas a hacer? —preguntó *fräulein* Hesse, espantada.

—No lo sé —contestó él cogiendo más cerezas. Había llegado a un callejón sin salida.

—Será mejor que vayas a los barracones —dijo ella—. Nosotras hablaremos con el barón para que vaya y vea qué puede hacer.

Emilie preparaba la bandeja rápida y silenciosa. La levantó y quedó con la porcelana y la plata titilantes ante ella, impávida, esperando su respuesta. Bachmann siguió con la cabeza agachada, pálido y obstinado. No podía soportar el regreso.

—Voy a intentar irme a Francia —dijo.

—Sí, pero te cogerán —dijo *fräulein* Hesse.

Emilie la miró con sus ojos grises, serenos y observadores.

—Puedo intentarlo si logro esconderme esta noche —dijo él.

Ambas mujeres supieron qué quería. Y supieron que no tenía escapatoria. Emilie salió con la bandeja. Bachmann permaneció con la cabeza agachada. En su interior sentía la escoria de la vergüenza y la incapacidad.

—No podrás escapar —dijo la institutriz.

—Puedo intentarlo —dijo él.

Hoy no podía ponerse en manos de los militares. Que hicieran con él lo que quisieran mañana, si se escapaba hoy.

Se quedaron en silencio. Él comía cerezas. El color subió brillante a las mejillas de la institutriz.

Emilie volvió a preparar otra bandeja.

—Se podría esconder en tu cuarto —le dijo la institutriz.

La muchacha retrocedió un paso. No toleraba la intrusión.

—Es el único que se me ocurre que está a salvo de los niños —dijo *fräulein* Hesse. Emilie no deseaba un contacto íntimo con él.

—Tú podrías dormir conmigo —le dijo *fräulein* Hesse.

Emilie levantó la mirada hacia el joven, directa, clara, reservándose.

—¿Quieres? —preguntó ella oponiéndole su fuerte virginidad.

—Sí… Sí… —dijo él vacilante, destruido por la vergüenza.

Ella echó la cabeza hacia atrás.

—Sí —murmuró para sí misma.

Rápidamente llenó la bandeja y se retiró.

—Pero en una noche no puedes caminar hasta la frontera —dijo *fräulein* Hesse.

—Puedo ir en bicicleta —contestó.

Emilie regresó con entereza, con contención en el porte.

—Veré si todo está en orden —dijo la institutriz.

Al cabo de un momento Bachmann seguía a Emilie por el zaguán cuadrado donde colgaban inmensos mapas de las paredes. Vio en el perchero el abrigo azul con botones de cobre de un niño y se acordó de Emilie llevando de la mano al más pequeño, mientras él la miraba sentado bajo el limero. Pero eso era ya muy lejano. Esa era la clase de libertad que había perdido, cambiada por una nueva e inmediata ansiedad.

Caminaron rápidamente, subieron con miedo las escaleras y pasaron un largo pasillo. Emilie abrió su puerta y él entró, avergonzado, en la habitación.

—Tengo que bajar —murmuró ella, y se fue tras cerrar la puerta con suavidad.

Era una habitación pequeña, desnuda, ordenada. Había un platillo para agua bendita, una imagen del Sagrado Corazón, un crucifijo y un *prie-Dieu*. La pequeña cama estaba blanca e intacta, la palangana de arcilla roja

para lavarse las manos descansaba sobre una mesa vacía. Había un espejo pequeño y un pequeño armario con cajones. Eso era todo.

Al sentirse a salvo, en un santuario, fue hasta la ventana a mirar más allá del patio, el atardecer trémulo del campo. Iba a dejar esta tierra, esta vida. Ya estaba en lo desconocido.

Miró la habitación. La curiosa simplicidad y la severidad del dormitorio católico le eran desconocidas, pero le devolvieron las fuerzas. Contempló el crucifijo. Era un Cristo alargado, delgado, rústico, tallado por un campesino de la Selva Negra. Por primera vez en su vida Bachmann vio la figura como algo humano. Representaba a un hombre colgado en indefensa tortura. Lo miró atentamente, como un nuevo conocimiento.

Dentro de su propia carne ardía sin llama ni humo la vergüenza. No podía recuperar la compostura. En su alma había un agujero. La vergüenza, en su interior, parecía desplazar su fortaleza y su virilidad.

Se sentó en la silla. La vergüenza, la sensación viva de estar desnudo ante los demás, actuaba en su cerebro, lo volvía pesado, inefablemente pesado.

De manera mecánica, desaparecido todo su ánimo, se quitó las botas, el cinturón y el capote, los puso a un lado y se echó, pesado, cayendo en una especie de letargo.

Emilie volvió al cabo de un rato y lo miró. Pero él estaba hundido en el sueño. Lo vio echado, inerte y terriblemente inmóvil; tuvo miedo. Tenía el cuello de la camisa desabrochado. Vio su neta piel blanca, muy clara y hermosa. Dormía inmóvil. Sus piernas, con los pantalones azules del uniforme, los pies, con los ásperos calcetines, yacían, intrusos, sobre su cama. Se fue de allí.

III

Ella se sentía inquieta, molesta hasta la última fibra. Quería continuar inmaculada, sin que la tocaran. Un instinto salvaje la hacía alejarse de cualquier mano que pudiera posarse sobre ella.

Era huérfana, probablemente de alguna raza gitana, criada en el asilo católico. Era un ser inocente, paganamente religioso, atado emocionalmente a la baronesa, a quien había servido durante siete años, desde que tuviera catorce.

No entraba en contacto con nadie, a menos que se tratase de Ida Hesse, la institutriz de los niños. Ida era calculadora, simpática y no demasiado coqueta. Era hija de un médico rural pobre. Al entrar en contacto poco a poco con Emilie, más una alianza que cariño, no hacía distinción de clase entre las dos. Trabajaban juntas, cantaban juntas, paseaban juntas y juntas iban a las habitaciones de Franz Brand, el novio de Ida. Allí charlaban los tres y se reían juntos, o las mujeres

escuchaban a Franz, que era guardabosque, tocar el violín.

En toda esta alianza no existía ninguna intimidad personal entre las jóvenes. Emilie era naturalmente recoleta, de una raza reservada. Ida la usaba como una especie de pesa para equilibrar su ligereza. Pero la rápida y cambiante institutriz, siempre atareada con sus admiradores, hacía todo lo posible para encaminar la violenta naturaleza de Emilie hacia alguna relación con un hombre.

Mas la chica morena, primitiva y, sin embargo, sensible en grado extremo, era agresivamente virgen. Se le encendía la sangre cuando los soldados rasos hacían el ruido prolongado, absorbente, de un beso a sus espaldas, cuando ella pasaba. Los detestaba por sus ofertas casi de mofa. Estaba bien protegida por la baronesa.

Su desprecio por los hombres vulgares en general era inexpresable. Pero adoraba a la baronesa y reverenciaba al barón, y estaba tranquila cuando hacía algo al servicio de un caballero. Toda su naturaleza estaba en paz cuando se ponía al servicio de amas o amos de verdad. Para ella un caballero poseía una cualidad mística que la hacía

libre y orgullosa en el servicio. Los soldados rasos eran unos brutos, eran simplemente nada. Su deseo era servir.

Se mantenía distante y fría. Cuando un domingo por la tarde miró por la ventana del *Reichshalle* al pasar y vio a los soldados bailando con las chicas del pueblo, la poseyó una revulsión y una furia gélidas. No podía soportar ver a los soldados quitándose los cinturones y abriendo sus capotes, bailando con las camisas al descubierto a través del capote abierto y colgante, torpes los movimientos, las caras transfiguradas y sudorosas, las manos rústicas cogiendo a las rústicas chicas por debajo de las axilas, apretando a las mujeres contra sus pechos. Odiaba verlos aferrados pecho contra pecho, las piernas de los hombres moviéndose brutalmente en el baile.

Al atardecer, en el jardín, al oír del otro lado de la cerca los desarticulados gemidos sexuales de las chicas abrazadas por los soldados, su rabia había sido excesiva y había exclamado en voz alta y fría:

—¿Qué hacen allí, en la cerca?

Los habría hecho azotar.

Pero Bachmann no era un soldado vulgar. *Fräulein* Hesse lo había descubierto y acercado a Emilie. Porque era un joven apuesto, rubio, erguido y que caminaba con una especie de altivez inconsciente y, sin embargo, nítida. Además, provenía de una familia de agricultores ricos desde hacía generaciones. Su padre había muerto y de momento su madre controlaba el dinero. Pero si Bachmann quería cien libras en cualquier momento, las podía tener. De oficio, junto a un hermano, era constructor de carros. La familia tenía una granja, la herrería y la construcción de carromatos del pueblo. Trabajaban porque era la única forma de vida que conocían. De haberlo querido podrían haber vivido de manera independiente solo con sus rentas.

Así, él era un caballero por su sensibilidad, aunque no tenía desarrollado el intelecto. Podía darse el lujo de pagar las cosas con generosidad. Además tenía una educación propia y fina. Emilie vaciló insegura frente a él. De modo que se convirtió en su novia, y lo deseaba. Pero era una virgen tímida y necesitaba estar sometida, pues era primitiva y no percibía las formas civilizadas de vida ni los propósitos civilizados.

IV

A las seis vinieron a preguntar los soldados.

—¿Se sabe algo del soldado Bachmann?

Contestó *fräulein* Hesse, encantada de tener un papel.

—No, no le veo desde el domingo. ¿Y tú, Emilie?

—No, no le he visto —dijo Emilie, y su torpeza fue considerada como timidez. Ida Hesse, estimulada, hizo preguntas cumpliendo su papel.

—Pero ¿ha matado al sargento Huber? —exclamó, consternada.

—No, se cayó al agua. Pero recibió un fuerte golpe y se hirió el pie contra el borde del foso. Está en el hospital. Estamos buscando desesperadamente a Bachmann.

Emilie, comprometida y cautiva, permaneció mirando. Ya no era libre, tenía que actuar dentro de un sistema calculado que no podía entender y que le resultaba casi

divino. La habían colocado fuera de lugar. Bachmann estaba en su habitación. Ella ya no era la criada leal que servía con una seguridad religiosa.

La situación le resultaba insoportable. Durante toda la tarde sintió la carga encima, no podía vivir. Había que dar de comer a los niños y acostarlos. El barón y la baronesa iban a salir; debía servirles unos refrescos. El lacayo iba a venir a cenar tras volver con el carruaje. Y durante todo este tiempo ella tenía la sensación insoportable de estar fuera de funcionamiento, responsable de sí misma, aturdida. El control de su vida debía provenir de quienes estaban por encima de ella, y ella debía moverse dentro de ese control. Pero ahora estaba fuera, descontrolada y preocupada. Y más que eso, el hombre, el amante, Bachmann, ¿qué era, quién era? De todos los hombres, era el único que poseía ese algo desconocido que la aterrorizaba más allá de sus posibilidades. Oh, ella le había querido como novio distante, no próximo, no así, echándola de su mundo.

Cuando partieron el barón y la baronesa y el joven lacayo fue a divertirse, subió las escaleras para ver a Bachmann. Se había despertado y estaba sentado en

la semioscuridad de la habitación. Fuera, en el campo, oyó a los soldados, sus camaradas, cantando la canción sentimental del crepúsculo; el zumbido de la concertina se elevaba en el acompañamiento:

Wenn ich mei… nem Kinde geh'…
In seinem Au… g'die Mutter seh'…

Pero ahora él estaba al margen de todo eso. Solo el grito sentimental del deseo joven e insatisfecho en el canto de los soldados le penetró en la sangre y le emocionó sutilmente. Dejó caer la cabeza. Se había ido emocionando y esperaba, concentrado, en otro mundo.

En el momento en que ella entró donde el hombre estaba sentado a solas, esperando con intensidad, una emoción nítida la traspasó. Murió el terror y, después de su muerte, se encendió una gran llamarada que la borró. Él estaba sentado en mangas de camisa y pantalones al borde de la cama. Levantó la mirada cuando entró. Ella evitó su cara. No la podía soportar. Sin embargo, se acercó a él.

—¿Quieres comer algo? —preguntó.

—Sí —contestó él; y mientras ella estaba en la penumbra de la habitación con él, solo podía oír los fuertes latidos de su corazón. Vio el delantal a la altura de su cara. Ella permanecía en silencio, a poca distancia, como si fuera a estar allí para siempre. Él sufría.

Como en trance, esperó, de pie, inmóvil, mirando. Él estaba sentado, bastante encogido, en el borde de la cama. Había una segunda voluntad en su interior, poderosa y dominante. Poco a poco se acercaba a ella, muy lentamente, como inconsciente. A él le latió con más fuerza el corazón. Iba a moverse.

Cuando estuvo bastante cercana, casi de manera imperceptible él levantó los brazos y se los puso alrededor de la cintura, atrayéndola con su voluntad y deseo. Hundió su cara en el delantal, en la terrible blandura de su vientre. Era una llama de intensa pasión que se cernía alrededor de ella. La vergüenza y la memoria habían desaparecido en una llama completa, furiosa, de pasión.

Ella estaba un poco indefensa. Sus manos saltaron, aletearon y se colocaron en la cabeza de él, apretándola más fuerte contra su vientre, vibrando cuando lo hacía. Y los brazos de él se abrazaron a ella, las manos

descendieron por sus muslos, calientes como llamas en su belleza. Para ella fue un deleite intenso y angustioso, y se desmayó.

Cuando se recuperó estaba echada, transformada por la paz de la satisfacción. Era lo que ella no sospechaba, lo que jamás pensara que podía ser. Se fortaleció con gratitud eterna. Y él estaba allí, con ella. De forma instintiva, con adoración y agradecimiento, le abrazó un poco, a él, que la tenía completamente abrazada.

Él ya estaba recuperado y completo, cerca de ella. Ese pequeño abrazo, crispado, pasajero, de reconocimiento, que ella le había dado en su satisfacción, elevó su orgullo inconquistable. Se amaban y todo era completo. Ella le amaba, él la había poseído, ella se había entregado a él. Estaba bien. Él se había dado a ella y eran uno, completos.

Cálidos, con un brillo en sus corazones y en sus rostros, se volvieron a levantar, pudorosos, pero transfigurados por la felicidad.

—Te conseguiré algo para comer —dijo ella; y con la alegría del servicio y la seguridad recuperados, le dejó haciendo un pequeño y curioso homenaje de despedida.

Él se sentó al borde de la cama, fugado, liberado, maravillado y feliz.

V

Pronto volvió con la bandeja, seguida por *fräulein* Hesse. Las dos mujeres le miraron mientras comía, observaron el orgullo y la maravilla de su ser mientras él estaba allí sentado, rubio y de nuevo inocente. Emilie se sentía más pletórica y completa. Ida era algo menor para ella.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó *fräulein* Hesse, celosa.

—Debo escapar —dijo él.

Pero las palabras carecían de significado para él. ¿Qué importaba? Tenía satisfacción y libertad interiores.

—Pero querrás una bicicleta —dijo Ida Hesse.

—Sí —contestó él.

Emilie se sentó en silencio, alejada y al mismo tiempo a su lado, conectada por la pasión. Desvió la mirada de esta conversación sobre fugas y bicicletas.

Discutieron planes. Pero en los dos había una sola voluntad, que Bachmann se quedara con Emilie. Ida Hesse era una intrusa.

Sin embargo, concertaron que el amante de Ida debía dejar fuera su bicicleta, en la cabaña desde donde a veces vigilaba. Bachmann debía recogerla durante la noche y viajar hasta Francia. Los corazones de los tres latían ardiendo en suspenso, lanzados a la imaginación. Se sentaron ardiendo de agitación.

Bachmann debía irse a América y Emilie iría a reunirse con él. Entonces estarían en una buena tierra. La historia volvió a encenderse.

Emilie e Ida tenían que ir hasta las habitaciones de Franz Brand. Se fueron con pocas despedidas. Bachmann se quedó sentado en la oscuridad, escuchando el toque de silencio. Entonces recordó la postal para su madre. Salió detrás de Emilie y se la entregó para que la despachara. Sus maneras eran descuidadas y victoriosas; las de ella, brillantes y confiadas. Volvió a cobijarse en su refugio.

Allí tomó asiento en el borde de la cama, pensativo. Repasó una vez más los acontecimientos de la tarde,

recordando su aprensión angustiosa porque había sabido que no podría escalar la pared sin desmayarse por el miedo. No obstante, una ráfaga de vergüenza regresó vivaz ante el recuerdo. Pero se dijo: ¿Qué importancia tiene? No puedo evitarlo, o sea que no puedo. Si subo a una altura, me debilito por completo y no puedo evitarlo. De nuevo recurrió el recuerdo, y sintió una ráfaga de vergüenza, como fuego. Pero se sentó y aguantó. Debía aguantarse, admitió, y aceptar. No soy un cobarde por eso, continuó. No tengo miedo al peligro. Estoy hecho de esta manera, las alturas me consumen y me orino —era una tortura para él darse cuenta de esa verdad—; si soy así tendré que aguantarlo, eso es todo. No es lo único que soy. Pensó en Emilie y le satisfizo. Soy lo que soy, y eso es suficiente, pensó.

Tras haber aceptado su propio defecto, siguió sentado, pensativo, esperando a Emilie para contárselo. Ella volvió por fin, diciendo que Franz no podía arreglar lo de la bicicleta esa noche. Estaba rota. Bachmann tendría que quedarse un día más. Ambos estaban contentos. Emilie, confusa ante Ida, que estaba emocionada y anhelante, volvió a acercarse al joven. Estaba rígida y dignificada porque padecía por la falta de hábito. Pero él la cogió

entre sus brazos, la desvistió, y disfrutó como un loco de su cuerpo indefenso, virgen, que sufría poderosamente y que absorbía tan hondamente su alegría. Mientras la humedad del tormento y del pudor estuvo en sus ojos, se aferró a él, cada vez más próxima, hasta la victoria y la satisfacción profunda de ambos. Y durmieron juntos, él en reposo, aún satisfecho y calmado, y ella a su lado en su extática realidad.

VI

Por la mañana, cuando sonó la diana en los barracones, se levantaron y miraron por la ventana. Ella amaba su cuerpo, que era altivo y rubio y capaz de dominar. Y él amaba su cuerpo, que era suave y eterno. Contemplaron el débil vapor gris del estío que ascendía desde el verdor y la madurez de los campos. No se veía ningún poblado; sus miradas acababan en la vaguedad de la mañana estival. Sus cuerpos estaban juntos, sus mentes tranquilas. Entonces, en ambos se agitó una ligera ansiedad ante el sonido de la corneta. Ella fue llamada a su antigua posición, a tomar conciencia del mundo de autoridad que no comprendía, pero que había querido servir. Pero esta llamada volvió a morir para ella. Ya lo tenía todo.

Bajó a sus tareas, curiosamente cambiada. Estaba en un nuevo mundo propio que jamás había siquiera imaginado y que era la tierra prometida. Allí se movía y existía. Y lo extendió a sus obligaciones. Estaba extrañamente contenta y concentrada. No tenía que salir de sí misma para hacer su trabajo. El quehacer provenía de dentro de sí misma sin llamadas ni órdenes. Era un

fluir delicioso, como la luz del sol, la actividad que fluía de ella y daba derechos a sus tareas.

Bachmann se quedó sentado, sumergido en sus pensamientos. Tenía que preparar todos sus planes. Debía escribir a su madre y ella debía enviarle dinero a París. Iría a París y desde allí, rápidamente, a América. Tenía que hacerlo. Debía hacer todos los preparativos. Lo peligroso era pasar a Francia. Le emocionó la perspectiva. Durante el día necesitaría conseguir un horario de los trenes a París. Necesitaría pensar. Le produjo un placer delicioso usar todo su ingenio. Parecía una gran aventura.

Solo un día y escaparía hacia la libertad. Qué tremenda necesidad sentía de una libertad absoluta, imperiosa. Había ganado a su propio ser, en sí mismo y en Emilie, había borrado el estigma de su vergüenza, empezaba a ser él mismo. Y ahora deseaba locamente ser libre para continuar adelante. Una casa, su trabajo y la libertad absoluta de moverse y de ser, ese era su apasionado deseo. Meditó en una especie de éxtasis, viviendo una hora de dolorosa intensidad.

De repente, oyó voces y pasos de gente y se puso en pie de un salto. Le dio un gran vuelco el corazón y

luego se quedó paralizado. Estaba atrapado. Siempre lo había sabido. Un completo silencio colmó su cuerpo y su alma, un silencio como la muerte, una suspensión de la vida y del sonido. Se quedó inmóvil en el dormitorio, en perfecta suspensión.

Emilie estaba ocupada pasando rápidamente de un lado para otro en la cocina para preparar el desayuno de los niños cuando oyó el ruido de los pasos y la voz del barón. Este había entrado por el jardín y llevaba puesto un viejo traje verde de lino. Era un hombre de estatura mediana, rápido, de porte fino y poseía un encanto caprichoso. Le habían pegado un tiro en la mano derecha durante la guerra francoprusiana y ahora, como siempre que estaba nervioso, la agitaba a su lado, como si le doliera. Hablaba muy rápido con un joven y envarado *Ober-leutnant*. Dos soldados rasos estaban en la puerta, como si fueran osos.

Emilie, fuera de sí, se puso pálida y erguida, y retrocedió.

—Sí, si así lo cree podemos comprobarlo —decía el barón de forma apresurada e irritada.

—Emilie —dijo dirigiéndose a la muchacha—, ¿anoche pusiste en el buzón una tarjeta de ese Bachmann para su madre?

Emilie permaneció erguida y no contestó.

—¿Sí? —preguntó tajante el barón.

—Sí, *herr* barón —replicó Emilie, en un tono neutro.

La mano herida del barón se agitó rápidamente con exasperación. El teniente se puso aún más rígido. Tenía razón.

—¿Y sabes algo de ese muchacho? —preguntó el barón, mirándola con sus ojos llameantes, grisáceos y amarillentos. La chica le devolvió la mirada seria, atontada, pero desnudó toda su alma ante él. Durante unos segundos él la miró en silencio. Luego, en silencio, avergonzado y furibundo, dio media vuelta.

—¡Sube! —dijo con una orden severa y perentoria al joven oficial.

El teniente dio su orden, con fría confianza militar, a los soldados. Todos ellos cruzaron el vestíbulo. Emilie se quedó inerte, su vida suspendida.

El barón subió rápidamente las escaleras y avanzó por el pasillo; le seguían el teniente y los soldados rasos. El barón abrió de golpe la puerta de la habitación de Emilie y miró a Bachmann, que estaba atento, de pie, en mangas de camisa y pantalones, a un costado de la cama, frente a la puerta. Estaba completamente inmóvil. Sus ojos encontraron la mirada furiosa y centelleante del barón. Este agitó su mano herida y luego se quedó clavado. Miró a los ojos del soldado, con gravedad. Vio la misma alma expuesta y desnuda, como si realmente mirase dentro del hombre. Y el hombre estaba indefenso, aún más indefenso en su singular desnudez.

—¡Ah! —exclamó, impaciente, volviéndose y dirigiéndose al teniente que llegaba.

Este apareció en el umbral. Rápidamente, sus ojos recorrieron al joven descalzo. Lo reconoció como su objetivo. Le dio la breve orden de que se vistiera.

Bachmann dio media vuelta para buscar su ropa. Estaba muy quieto, silencioso, ensimismado. Estaba en un mundo abstracto, exánime. Apenas se daba cuenta de que los dos caballeros y los dos soldados le observaban. No podían verle.

Pronto estuvo listo. Se puso en posición de firmes. Pero solo el caparazón de su cuerpo estaba firme. Un extraño silencio, una oscuridad, algo como eterno, le poseía. Se mantuvo íntegro.

El teniente dio la orden de marchar. La pequeña compañía bajó las escaleras con paso cuidadoso, respetuoso, y pasó por el vestíbulo hacia la cocina. Allí estaba Emilie con la cara alzada, inmóvil e inexpresiva. Bachmann no la miró. Se conocían. Eran ellos mismos. Entonces la pequeña fila de hombres salió al patio.

El barón se quedó en la puerta mirando las cuatro figuras de uniforme que pasaban por la sombra cuadriculada, bajo los limeros. Bachmann caminaba neutralizado, como si no estuviese allí. El teniente daba pasos bruscos y largos; los dos soldados se movían, pesados, a su lado. Salieron a la mañana luminosa, cada vez más pequeños, hacia los barracones.

El barón entró en la cocina. Emilie cortaba el pan.

—Entonces ¿pasó la noche aquí? —preguntó.

La muchacha le miró casi sin verle. Era demasiado ella misma. El barón vio el alma oscura, desnuda, de su cuerpo en sus ojos ciegos.

—¿Qué iba a hacer? —preguntó.

—Él iba a ir a América —contestó en voz baja.

—¡Bah! Tendrías que haberle hecho volver de inmediato —espetó el barón.

Emilie se mantuvo firme ante su oferta, impertérrita.

—Ahora está listo —dijo él.

Pero él no podía soportar la oscura y profunda desnudez de sus ojos, que apenas cambiaban bajo aquel sufrimiento.

—No es más que un tonto —sentenció, retirándose nervioso y preparándose para lo que pudiera hacer.

“Algo parecido a la risa brincó en las profundidades de su ser, emitió un leve quejido, y una extraordinaria sonrisa se abrió en su rostro...

Colección
Lima Lee

